



XI.

**Consecuencias de la Paz.—Renacimiento.—Prueba de Vitalidad.—
Inmigración Extranjera y Capital Foráneo.—Causas y Efectos.—
Crimen Nacional.—La República al Remate.—La Santa Bar-
bara.**

Yo he departido amistosamente con muchos de nuestros EMIGRADOS POLÍTICOS, y entre ellos, hallé varios de no escasa ilustración, levantados ideales y acendrado amor á la Patria;—pero, cegados por los acontecimientos ó la pasión, inhábiles para descubrir el *mal mayor* detrás del *mal presente*, buscaban, como los Númidas citados por Salustio, un “bien imaginario” en “un mal” cierto, positivo, inmediato, y de desastrosas consecuencias: ¡LA REVOLUCIÓN!

Quien conoce, siquiera sea someramente, nuestra historia moderna, no puede pronunciar esa palabra, sin que el rubor de la vergüenza y el calor de la indignación le suban al rostro.

La *Revolucion* tiene muchos nombres en las naciones de Hispano-América: se llama *Deshonra*, se llama *Desprestigio*, se llama *Bancarrota*, se llama *Crueldad*, se llama *Robo*, se llama *Traición*, se llama *Hervidero de*

Ambiciones y Charca de Sangre!—¿Quiénes la buscan todavía?

Pero, descendamos al frío terreno del raciocinio, y veamos, hipotéticamente, lo que la *Revolucion* podría acarreararnos.

Todos sabemos que una guerra internacional se origina de cualquier cosa. Sin retroceder hasta la "*Guerra de las Dos Rosas*," y no haciendo mención del *butting in*, como los americanos dicen, que causó la pelea de éstos con España, nos basta recordar, que "una mula" originó el conflicto reciente entre Nicaragua y Honduras. Y--aunque me repugne emplear argumentos *ad hominem*--recuérdese también, que aún no hace un cuarto de siglo, y cuando ya las relaciones entre Méjico y los Estados Unidos eran estrechas, ésta segunda potencia estuvo á punto de declararnos la guerra, á causa de un méjico-tejano, Errazúris--de oficio ladrón de caballos--y de un periodista adocenado, con vistas al filibusterismo--Cutting--que fué aprehendido y encarcelado en Ciudad Juárez. Se evitó el conflicto, gracias á dos de *nuestras* eminencias jurídicas, que se movían y descollaban en el mundo diplomático de entonces: el LIC. IGNACIO MARISCAL y el LIC. MATÍAS ROMERO. Estos dejaron "sin palabra" ni "pretextos," á los **s** apasionados y beligerantes americanos, que de voz en cuello y en las plazas y lugares públicos de este mismo Estado--Tejas--incitaban á la guerra al popula-

cho, ofreciéndole la repartición á escote de nuestros campos y domicilios. (VÉASE *cualquier* periódico de cuantos se publicaban entonces en el SUR, señaladamente en Tejas y Arizona).—De nuestra parte estuvo la justicia, y de la de ellos ; en buena hora ! la moderación y la prudencia en las decisiones *finales*.

Delinearé ahora la cuestión esbozada, con algunos relieves y detalles.

Como *consecuencia de la paz*, y sin que nadie individualmente lo pretendiera, las fuerzas económicas del país fueron poco á poco esperezándose, cobrando pujanza y actuando en un radio cada vez mayor, hasta punto de salir de los centros mercantiles é invadir los campos y las montañas. Comercio, Agricultura y Minería, principiaron á florecer.

Apenas terminada la *Revolucion de Tuxtepec*, corrientes comerciales é industriales principian á permeabilizar toda la República. La Nación, que veía en el General-Presidente á su Caudillo favorito, aún cubierto de gloria por sus brillantes campañas contra la *Reaccion* y la *Intervencion Francesa*, tuvo fe en él y creyó definitivamente aseguradas la paz pública y la moralidad administrativa—por tanto tiempo ausentes del territorio de la ex-Nueva España.—No parecía sino que se despertaba de un largo síncope, ó, más bien, catalepsia. Y al despertar, con el organismo debilitado, experimentábase la necesidad de vigorizarlo. Y así como en la

convalecencia de ciertas enfermedades nos acosa un apetito desenfrenado, vemos á la República importar del extranjero cuantiosas sumas de mercancías, y á la Administración misma lanzarse á operaciones de tal género—cual lo fueron las crecidas subvenciones á los ferrocarriles, el ensayo de colonización artificial, los pagos de alcances al Ejército, etc.—que forzosamente tenían que acarrear una crisis, y—la acarrearón.

Los últimos dos años de la Administración González, pusieron en claro la vitalidad del país renaciente.

Probado se había que el origen de casi todas las revoluciones pasadas, se hallaba en los cofres del Erario: á arca exhausta, revolución segura. El caudillo crónico no necesitaba más que saber que el Tesoro Nacional estaba en menguante, para alzarse en armas. Y cuando la bancarrota era cierta, el gobierno irremisiblemente caía. Pues bien, los últimos dos años de la Administración González, lo fueron de errores administrativos, de completa bancarrota, de anemia grave para el Tesoro Federal, y—la *Revolucion* no vino.—Se desafió la opinión pública, valientemente, con la adopción de las monedas de níquel, el reconocimiento de la Deuda Inglesa, la reforma del Art. 7.º constitucional, etc., y—la *Revolucion* no asomó por ninguna parte.—Mas aún, hubo protestas populares, estruendosas; pero ordenadas y sumisas. *Todos* pudieron ver entonces, que “la Opinión Pública,” ó si se quiere, el “hastío del desór-

den," había quebrado el dorso á la Revolución. En presencia del antiguo pretexto—la bancarrota del Era-rio—los *caudillos* permanecían en silencio.

Las razones de este estado de cosas, en apariencia anómalo, las apunté en el Cap. IV, Lib. I de MÉJICO PACIFICADO. Y no es del caso repetir las, ya que ahora voy á concretarme á un solo fenómeno sociológico y financiero: la inmigración extranjera y las grandes inversiones de capital foráneo.

Cuantos en Méjico se dedican seriamente al estudio de nuestras finanzas y demás elementos económicos del país, no pueden menos que retroceder con gesto agrio, cuando se enfrentan con este dato numérico: En un momento dado, y en circunstancias especiales, el *Mundo* puede reclamar ó retirar de Méjico, como MIL MILLONES de pesos (en títulos de la deuda, ferrocarriles, minas, bancos, haciendas, etc.), y de esos *mil millones* los Estados Unidos representan nada menos que ¡seiscientos millones!

Ahora bien, ¿quién ha tenido la culpa de que Méjico se venda—como vulgarmente se dice—á los Estados Unidos?—¿Tuxtepec?—¿Díaz?

—No; en primer lugar, *la paz prolongada*, que hizo renacer, ó simplemente *nacer*, la confianza del extranjero en nuestros destinos nacionales, y llegaron á considerarnos como nación pacífica y solvente. Y en virtud de esto, el capital foráneo—mayormente el de nuestros

vecinos—penetró las fronteras y se esparció por todo el territorio de la República, sin serias cortapizas.—Y, en segundo lugar, el *Extranjero*—el temido americano—nos encontró dispuestos *a vendernos!*. . . .

—¿Que no es verdad? ¿Que *calumnio* á mis compatriotas?

¡Ah, no! En lo expuesto no hay calumnia, ni siquiera *exageración*. Se trata de un *hecho* que la conciencia nacional repugna, pero que la *conveniencia* individual soporta perfectamente.

Dentro de *diez años*, las mejores minas, los mejores terrenos, el comercio más fuerte, las industrias más productivas, se hallarán en manos de *nacionales*. . . . de los Estados Unidos (porque los americanos no se *ciudadanizan* en Méjico). Y dentro de *veinticinco años*—si algún acto imprevisto no nos *salva*—la situación de los mejicanos en su misma patria, será poco más ó menos como la de los mejicanos en Tejas.—Ya no habrá mejicanos con Haciendas, ni con Minas valiosas, ni con Ferrocarriles, ni con Grandes Industrias, ni el Comercio General de la República se hallará en sus manos!

¿Y será todo eso culpa de *Tuxtepec*, ó del *General Diaz*?

No; será culpa *nuestra*: CRIMEN NACIONAL. Significará, nada más, que “en tiempo oportuno” no *supimos* aprovecharnos de la PAZ, y malbaratamos nuestros bienes, como si nos preparásemos para la GUERRA.

Probará también, que, en nuestra ignorancia supina, no supimos darnos cuenta de que los *extranjeros* ricos no *enriquecen* á una nación; sino que más bien se convierten en pulpos en extremo peligrosos.—Ni más ni menos que como acontece con los chinos en los Estados Unidos, y aconteció durante siglos con los españoles en Hispano-América; es á saber, una vez enriquecidos, vuelven á la nación de su origen, dejando la sangría abierta en el país que les dió abrigo incautamente. Precisa ser un estulto, para ignorar que el inmigrante que *no se nacionaliza*, sobre constituir en sí un peligro serio, raras veces es algo más que un busca-vidas, un aventurero; pero nunca un “ciudadano,” permanentemente útil. La *reaccion* del bien que aparentemente aporta, puede retardarse; pero al fin llega, tarde ó temprano.—En los Estados Unidos se sabe todo esto, y por eso tratan con marcada desconfianza, recelo y hasta inquina, al extranjero de extirpe no vedada, cuando se retarda en “sacar sus papeles,” significando el intento de nacionalizarse.

Probará, asimismo, nuestra *falta* de energía, de patriotismo, de previsión, para encararnos seriamente con el futuro próximo; y nuestra *sobra* de egoismo, ligereza, optimismo cegatón, confianza imbécil en fines inciertos, sin medios adecuados que los preparen.

Entretanto, *todo* el territorio de la República—lo mejor que tenemos—está al remate! . . .

Otra vez citaré á Salustio—ese historiador profundo, sagaz, y que estudió el corazón humano, no en el gabinete, sino en la plancha del anfiteatro.

“Así en Roma como en los campos, la República se ha puesto á la venta, y si estos crímenes no se persiguen, si no se hace justicia con los culpables, ya no nos queda más que vivir como esclavos.” *Coll. Pankouke-Ch. Durosoir, Trad. pág. 38-§-31.*

Se vé, pues, que entre los romanos de hace más de 2000 años, y los mejicanos del siglo XX, no hay gran diferencia. Seguimos vendiendo la Patria en retazos; y, sin embargo, ¡no nos quedará el consuelo, siquiera, de culpar del desastre final, que nosotros preparamos, al actual Presidente de la República!

“¿Que preparamos,” decía?—No; que *ya esta* preparado. . . .

Una chispa en la Santa Bárbara, una chispa revolucionaria, y

